

Homilía de Monseñor José Rodríguez Carvallo, O.F.M.

Ordenaciones sacerdotales 4 de mayo de 2019

Basílica de san Juan de Letrán

4 de mayo de 2019

Ordenación sacerdotal de 37 legionarios de Cristo

Excelencias, queridos hermanos ordenandos, querido padre general y hermanos de la Legión. En este día de fiesta para la Iglesia y para vuestra comunidad os saludo cordialmente. El Señor os dé la paz. «Sacado de entre los hombres para servir a los hombres» (*Hb* 5, 1). Con estas palabras sintetiza el autor de la carta a los hebreos la vocación y la misión del sumo sacerdote. Con estas palabras bien podemos sintetizar nosotros también la vocación y la misión del presbítero. El sacerdote es, ante todo, un llamado por el Señor. Y es que la vocación sacerdotal no es una opción.

Muy mal haría para sí mismo y mucho daño haría a la Iglesia si uno optase por esta vocación sin ser llamado. Tal vez llegaría a ser un buen profesional de las cosas que atañen al Señor. Un buen funcionario, como ama decir nuestro querido papa Francisco. Lo más normal es que llegara a ser un mercenario. Tal vez un mercenario inteligente. O un simple mercenario que apenas ve llegar el lobo escapa dejando solas a las ovejas. Lo cierto es que nunca sería un pastor según el corazón de Cristo dispuesto a nutrir abundantemente a sus ovejas y, si fuera el caso, a dar su vida por ellas.

La vocación sacerdotal no es una profesión, no es un trabajo, no es un *hobby*. Ser presbítero es, ante todo y sobre todo, una vocación; es, como diría san Pablo, un sentirse conquistado por el Señor que hace a un hombre participe de un modo especial de su sacerdocio. Por eso lo saca de entre los hombres y lo consagra para una dedicación exclusiva al servicio del Reino. Muy mal y mucho daño haría uno que sin ser llamado por el Señor asumiese esa vocación. Como muy mal y mucho bien dejaría de hacer quien, habiendo sido llamado por el Señor, llevado de la comodidad o del miedo o movido por otros intereses personales no respondiese a dicha vocación.

Ser sacerdote no es una opción sino una vocación a la cual, quien ha sido llamado, es invitado; nunca forzado a responder positivamente en la línea de tantos hombres que, como los profetas aun en medio de la duda («No sé hablar», decía Jeremías), se abandonan y pronuncian su sí generoso. «Aquí estoy, envíame», como ha dicho Isaías. O como María de Nazaret, madre de todo sacerdote que aun en medio de tantas preguntas, confía, se abandona y dice: «Aquí estoy, hágase en mí según tu palabra». Pero el sacerdote es un sacado de entre los hombres. No puede nunca, vosotros queridos diáconos que en breve seréis sacerdotes, no podéis nunca olvidar que sois del pueblo, formáis parte del pueblo, sois para el pueblo. No habéis sido elegidos por ser los mejores, no habéis sido elegidos por

ser más sabios que los demás. El Señor llama, como dice Marcos, a quien quiere. No hay otra razón que explique el ser sacado de entre los hombres que un amor de predilección del Señor por cada uno de nosotros. El sacerdote es el fruto maduro y sabroso de la libertad y la gratitud de Dios que, antes de ser formado en el seno materno, lo pensó, lo amó y lo escogió como a Jeremías. ¿Por qué a mí y no a otros? ¿Por qué a vosotros y no a tantos otros? Nunca lo sabremos queridos hermanos, lo cierto es que se trata de un amor de predilección como he dicho. «Pasando, lo amó y le dijo: “sígueme”», leemos en el Evangelio de Marcos. Esa es mi historia. Esa es tu historia. Esa es la historia de todos los sacerdotes. Por ello del corazón del sacerdote deben brotar siempre las palabras del *Magnificat*: «Proclama mi alma la grandeza del Señor y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador porque ha mirado la humildad de su sierva».

Y si el Señor no se avergüenza de llamarnos hermanos, como dice la carta a los Hebreos, a nosotros ¿Cómo puede un sacerdote mirar por encima de los hombros a un hermano suyo, a los hermanos y hermanas que el Señor nos ha confiado? Esto sería clericalismo, como denuncia tantas veces nuestro amado papa Francisco.

El sacerdote, más que ningún otro, debe considerarse hombre del pueblo y para el pueblo. Y ni el estilo de vida ni el lenguaje que utiliza en el servicio de la evangelización pueden separarle del pueblo del que ha sido sacado y al que pertenece, no sólo por su origen sino también por la especial vocación que ha recibido. El sacerdote ha de estar atento para que la mundanidad, contraria a la lógica del Evangelio no llegue a escandalizar a los pobres de este mundo. Así como ha de estar atento a no utilizar un lenguaje... Por favor, no utilicen nunca un lenguaje que no les entienda el pueblo porque pierden el tiempo y se lo hacen perder al pueblo. Y a veces, por favor, no utilicen un lenguaje que ni ustedes mismos entienden, que copian del último blog que leen y después repiten sin más. Cuánta responsabilidad tenemos los sacerdotes en la deficiente evangelización de nuestro pueblo. Justamente decimos que hay muchos bautizados y pocos evangelizados ¿Y quién tiene la culpa? En gran parte nosotros los sacerdotes y también los obispos. Todos los domingos, y no pocas veces en la semana, tomamos la palabra y cuántas de esas veces es tiempo perdido. También de las palabras inútiles los sacerdotes tendremos que dar cuenta a Dios.

Sacado para servir a los hombres. El sacerdote, ustedes, son llamados a servir. Dejan de ser diáconos y deben, sin embargo, permanecer diáconos toda la vida. Ejemplo os he dado para que hagáis vosotros lo mismo dice Jesús. El mayor entre vosotros se haga vuestro servidor. El primero se haga el último. Siguiendo el ejemplo de san Pablo, el sacerdote se hace débil con los débiles para ganar a los débiles y se hace a todos para ganar, sea como sea, a todos. Desde una profunda libertad el sacerdote se hace siervo para ganar a todos. He ahí la lógica desde la que el sacerdote está llamado a servir, la lógica del servicio. Un servicio concreto, diaconía y un servicio de los siervos: *doulos*. El servicio de lavar los pies, de curar las heridas como el samaritano de la parábola, el servicio de dar de comer a tantos hambrientos de pan y de Evangelio como decía Jesús durante su vida pública.

El servicio no puede escaquearse como intentaron escaquearse los discípulos con un cómodo despide a la gente, que vayan a las aldeas y cortijos a buscar alojamiento y comida porque aquí estamos en descampado, podrían decir porque aquí sobran para comer lo que

hay, estamos nosotros. El sacerdote está llamado a dar: «dadles vosotros de comer». Recuerden que siempre el sacerdote está llamado a darse y a dar el tesoro que llena de sentido su vida: Jesucristo. «Dadles vosotros de comer». Para eso seréis ungidos por el Espíritu. Para vendar los corazones desgarrados, dar la buena noticia a los que sufren, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad como decía el evangelio que habéis escogido para vuestra ordenación. Y el sacerdote abre la artesa de su corazón donde custodia el tesoro de la buena noticia, donde está listo el pan caliente y donde se guarda el vino envejecido de la palabra que reparte sin medida pues sabe que nunca se agotará. Para que todos tengan vida y vida en abundancia. Y a través de la predicación, que para él no es un motivo de soberbia o de ganancia sino un encargo que ha recibido y del cual no puede hacer a menos: «Hay de mí si no predicase». Ruge el León: «¿Quién lo profetizará?». La distribuye a manos llenas sabiendo que la ganancia está en la misma meta de toda evangelización: dar a conocer a Jesús.

«Dadles vosotros de comer». El sacerdote celebra, no hace la misa, celebra la eucaristía (culmen de la vida cristiana como afirma el concilio) en la que se perpetua el misterio de la encarnación y en la que estamos llamados a contemplar el sacerdote primero la humildad del Salvador que baja diariamente a las manos de sacerdote como un día bajó a las entrañas purísimas de María. Y reparte el pan eucarístico, alimento para los débiles, fortaleza para los cansados y afligidos, viático para cuantos se sienten peregrinos y forasteros en este mundo en camino hacia la casa del Padre. El sacerdote, vosotros queridos diáconos, habéis de recordar que la Eucaristía no es un premio para los buenos sino alimento, fuerza y viático para los débiles: «Dadles vosotros de comer».

Y el sacerdote administra los demás sacramentos y, sin dejar ninguno, presta particular atención al sacramento de la reconciliación o de la penitencia. El sacramento que nos reconcilia con Dios y con los demás que nos hace gustar el don del perdón y que, lejos de hundirnos en la postración y la humillación del pecado, nos devuelve la dignidad perdida por el pecado y nos invita a unirnos a la fiesta que se organiza en el cielo por un pecador que se convierte; y a caminar de nuevo con el vestido de gala como nos recuerda la pureza que sigue al bautismo, el anillo en los dedos que nos habla de la dignidad de los hijos y la cabeza levantada que nos habla de liberación: «Dadles vosotros de comer».

Y mientras reparte el pan de la palabra y los sacramentos, el sacerdote ora constantemente para ser fiel a la vocación que ha recibido y reavivar siempre el don que está en él. Ora constantemente por su pueblo. Esta es la obligación grave de todo pastor y ora para no caer en la tentación de convertirse en mercenario, que viviendo en la mundanidad busca solo su gloria y sus intereses. Para no caer en la tentación de convertirse en lobo vestido con piel de oveja, para no caer en la tentación de convertirse en un profesional de las cosas del Señor. Ora y contempla para descubrir la presencia del Señor en la historia de los demás y en la propia historia.

Queridos hermanos que vais a ser ordenados sacerdotes. Ahí tenéis en breves rasgos lo que el Señor, la Iglesia y el mundo esperan de vosotros. En breve, por la imposición de mis manos y la oración consagratória seréis ordenados presbíteros. Qué gran vocación y qué gran responsabilidad. Recordad siempre que, si como religiosos ya habéis sido sacados de

entre los hombres para servir a los hombres, ahora lo seréis por un nuevo título, el del presbiterado, digo título pues es un honor que el Señor os haya llamado, pero no un título cualquiera, porque es un título que comporta una gran responsabilidad. No tengáis miedo, no tengamos miedo pues el Señor está con nosotros está con ustedes para defenderlos.

Queridos hermanos ordenandos nunca olvidéis que estáis llamados a servir, por favor. La Iglesia necesita de presbíteros servidores, de presbíteros diáconos, de religiosos presbíteros que permanezcan siempre en la actitud humilde de servir. Recordad que, como a Jeremías, el Señor hoy os dice: «Yo estoy contigo», no les tengáis miedo, hacer constante memoria de todo esto os ayudará a ser un buen cristiano, un buen religioso y un buen sacerdote. Contad con nuestra oración, que no es otra que la de Cristo para que el Padre de las misericordias os guarde del mal y os consagre en la verdad como escuchamos en el Evangelio. El Señor os conceda y nos conceda esa gracia por intercesión de la Virgen hecha Iglesia a la que invocamos con frecuencia: nuestra Señora de Guadalupe. Que el Señor os conceda y nos conceda esta gracia por intercesión de todos los santos que ahora invocaremos. *Fiat, fiat.* Amen, Amen.